La pala del brindis

Comedia para cuatro intérpretes · 8–10 minutos (orientativos) · Un solo escenario

Reparto

Lidia. Coordina las reuniones; ceremoniosa y aficionada a las fórmulas oficiales.

Sara. Organizó turnos y materiales; precisa hasta el exceso.

Berta. Se ocupó del agua; irónica y práctica.

Tomasa. Eligió las semillas; concreta y atenta a las demás.

Espacio y utilería

Escenario único. Una pala de juguete ligera. No se necesita huerto real, ni tierra, ni plantas, ni cinta. Todas están presentes al abrir la escena y salen juntas al terminar.

Guion completo

Una plaza o sala comunitaria vacía. Al fondo puede imaginarse el futuro huerto. No hay tierra ni plantas en escena. Las cuatro vecinas están presentes desde el comienzo. Lidia sostiene una pala de juguete, ligera y evidentemente pequeña. Las demás esperan, sin demasiada confianza, a que empiece la ceremonia.

Lidia. Queridas vecinas, queridos vecinos, estimadas personas que han venido por el huerto y no por las galletas, bienvenidos a un momento histórico. A partir de hoy, donde ahora ven aire, habrá un espacio de cultivo. Donde ven más aire, también. La inauguración es humilde, pero el entusiasmo tiene dimensiones reglamentarias.

Sara. El entusiasmo no figura en los permisos.

Lidia. Es una figura retórica, Sara. He preparado un discurso breve, de cuarenta y cinco segundos, salvo interrupciones. Nuestro trabajo de tres meses demuestra que la voluntad colectiva puede abrir caminos. Hoy cortaríamos la cinta, si alguien la hubiera traído.

Berta. La cinta estaba en la bolsa azul.

Tomasa. La bolsa azul tiene vasos. La cinta estaba en la bolsa que nadie recogió porque decía «no olvidar».

Lidia. Exactamente. Por eso hemos optado por una inauguración ecológica, sin desperdiciar cintas. La pala, símbolo de nuestra intención de sembrar, sustituirá el corte. No es una pala real, porque la pala real está prestada. Pero la intención pesa más que el metal.

Sara. Pesa menos. Esa es la ventaja.

Lidia. Se agradece tu precisión. Procederé a hablar de la organización del terreno, la distribución de la luz y la gran virtud cívica de llegar a un acuerdo. Todo ello ha sido posible gracias a la generosidad de esta comunidad. Y ahora, como gesto de unidad, cedo la palabra y el instrumento a Sara.

Lidia entrega la pala a Sara. Primer cambio de mano, visible. Lidia retrocede con alivio; Sara coloca los pies como si se encontrara ante una comisión de obras.

Sara. Antes de empezar quiero aclarar que no hemos organizado «el terreno». Todavía no hemos tocado un solo palmo de tierra. Hemos organizado turnos, accesos, una lista de materiales y el derecho a discrepar sin que nadie tenga que abandonar el grupo de mensajes. Eso es más difícil que cultivar tomates.

Lidia. Podrías agradecer a quien convocó las reuniones.

Sara. Naturalmente. Doy las gracias al calendario, sin el cual nos habríamos reunido en días distintos. La ceremonia se compone de tres pasos: presentar el proyecto, inaugurar el proyecto y dejar de presentar el proyecto para que pueda comenzar. Yo había preparado un plano, pero lo he sustituido por esta pala porque parece que quien la sostiene recibe derecho de palabra permanente.

Tomasa. La pala no venía con derecho de palabra.

Sara. Vino con una bolsita de arena de colores. No la hemos traído porque el huerto no se inaugura con arena de colores. Es más: esta pala ni siquiera cava. Es una pala de playa. Si la introducimos en tierra de verdad, quedará convertida en un recuerdo aplastado.

Berta. Nadie ha dicho que caves de verdad.

Sara. Yo no he dicho que vaya a hacerlo. He dicho que el acto se podría realizar mediante un surco imaginario. Tres paladas al aire, fotografiamos el momento y liberamos la plaza. Tengo calculado el orden. Primera, la persona que reunió los materiales; segunda, la persona que diseñó el riego; tercera, la persona que seleccionó las semillas. En ese orden.

Berta. Acabas de saltarte el riego en los agradecimientos.

Sara. No; he dicho «diseñó el riego».

Berta. Lo has dicho como si fuese una persona en un organigrama, no alguien que pasó tres tardes haciendo cuentas.

Sara. Una presentación no puede contener el historial completo de cada vecina. Tendríamos que volver otro día para inaugurar la inauguración. En cualquier caso, conviene que la segunda persona explique su parte. Berta, te cedo el instrumento.

Sara entrega la pala a Berta. Segundo cambio de mano, visible. Berta la examina con una solemnidad exagerada, como si recibiera una distinción oficial.

Berta. Gracias. Nunca me habían concedido un micrófono con mango. Agradezco la confianza depositada en mí por el comité, el calendario y esta herramienta, que probablemente costó menos que los sobres que compramos para enviar una solicitud que podía haberse enviado por correo.

Lidia. Me gustaría que conservaras el tono festivo.

Berta. Lo intento. Mi parte era el agua. No he traído un río. He pensado en cuántos recipientes podemos llenar y quién vigilará que no queden abiertos. Por eso el huerto no necesita héroes, sino personas dispuestas a mirar si a las plantas les falta algo antes de irse a casa. Es una vocación sin medallas.

Tomasa. Y con barro en los zapatos.

Berta. Eso lo añadiremos en la segunda edición del discurso. Ahora bien, el agua es un asunto serio y merece un protocolo. He preparado seis opciones: riego compartido, riego alterno, riego por quien llega primero, riego por quien recuerda la contraseña del depósito, riego por turnos y riego por súplica pública.

Sara. La contraseña no es parte del sistema de riego.

Berta. Pues alguien la mencionó en tres reuniones. Yo prefiero los turnos. Hay un día para cuidar, otro para descansar y ninguno para acusar al vecino de haber dejado una hoja seca. Las hojas secas, hasta donde sé, no presentan una denuncia.

Tomasa. ¿Y las semillas? ¿Cuándo digo qué vamos a plantar?

Berta. Un momento, que he llegado a la parte emotiva. El agua nos enseña a compartir aquello que no podemos guardar en los bolsillos. Si lo guardamos, tendremos un problema con la ropa. Y cuando una comunidad se decide a regar, empieza a crecer su confianza. Quisiera concluir con un brindis simbólico por el futuro huerto.

Lidia. No hay vasos con agua, solo vasos vacíos.

Berta. Mejor. Brindaremos sin derramar nada. Tomasa, sostiene esta pala y pronuncia unas palabras sobre ese asunto tuyo de las semillas.

Berta entrega la pala a Tomasa. Tercer cambio de mano, visible. Tomasa recibe el objeto, mira a sus compañeras y se dispone a hablar. Se alarga un silencio con toda la seriedad posible.

Tomasa. Cuando ensayaba en casa sabía exactamente qué decir. Hablaba de las semillas, de cómo se comparten y de por qué elegimos plantas que pueden cuidar personas con horarios diferentes. Ahora tengo esta pala y me parece imprescindible agradecer a una institución que ni siquiera sé cuál es.

Sara. Puedes dejarla si te distrae.

Tomasa. Espera. Siento una obligación de empezar con «en primer lugar». En primer lugar, agradezco a la pala el honor de haberme sido confiada. En segundo lugar, agradezco a las personas presentes su paciencia, que ya ha empezado a germinar por sí sola. En tercer lugar...

Berta. No digas «en cuarto lugar». Estamos perdiendo la tarde.

Tomasa. Es justamente eso. La tarde. Llevamos tres meses diciendo que queremos un lugar donde las personas se encuentren sin tener que escuchar un discurso. Y hemos venido a construirlo con cuatro discursos y una pala que no abre un agujero. Yo había

elegido semillas para que el primer bancal no se pareciera a una vitrina: algunas crecerán pronto, otras necesitarán espera. Pero con el mango en la mano casi se me olvida hasta eso.

Lidia. Es la emoción de la ceremonia.

Tomasa. No, Lidia. Es que el mango parece un turno de intervención. Una lo agarra, se siente alcaldesa por dos minutos y olvida decir que la siguiente trabajó tanto como ella. Tú hablaste del proyecto y olvidaste a Sara. Sara habló de turnos y se olvidó del agua de Berta. Berta habló del agua y casi deja las semillas fuera del huerto. Y yo llevo un minuto dando las gracias a un objeto de plástico. Si continúo, olvidaré quién convocó la primera reunión.

Una pausa. Tomasa deja la pala en el suelo, en medio de las cuatro. No vuelve a tocarla.

Berta. Así, sin portarla, parece mucho menos importante.

Sara. Y no corre peligro de romperse.

Lidia. Me preocupa que sin cinta y sin pala la inauguración carezca de un acto visible.

Tomasa. Hagamos el acto que queríamos hacer. Sin tierra de verdad, porque hoy estamos aquí. Cada una abre un surco imaginario al mismo tiempo. No hay turno de palabra que haga olvidar a la de al lado.

Sara. Eso no estaba en el orden del día.

Berta. Acaba de entrar por unanimidad, si tú quieres.

Lidia. Hay que acordar una señal para empezar. Propongo: «A la una, a las dos y a las tres».

Sara. Sería más exacto decir «preparen, comiencen y terminen», pero estoy dispuesta a una fórmula popular.

Tomasa. Lidia, tú cuentas. Y después nadie añade una conclusión.

Lidia. A la una… a las dos… ¡y a las tres!

Las cuatro se agachan a la vez y hacen, con las manos libres, un surco imaginario frente a sí. Cada gesto es distinto, pero comparten el mismo ritmo. Se incorporan. Una breve pausa deja que el gesto sustituya al discurso.

Berta. Yo he abierto uno torcido.

Sara. Los surcos imaginarios admiten correcciones sin presupuesto.

Tomasa. Ya está inaugurado.

Lidia. ¿Ni siquiera unas palabras finales?

Las cuatro. ¡No!

Se miran y salen juntas, dejando la pala inmóvil en el centro. Fin.